

Jaime Bayly - El dios confundido

¿Por qué escribo? No lo sé bien y tampoco quisiera saberlo con certeza, porque presiento que el día en que lo sepa de un modo perfectamente racional, dejaré de escribir. Sólo sé que cuando dejo de escribir me siento mal: decae mi ánimo, se avinagra mi humor, me invade una tristeza infinita por saber que estoy siendo desleal a mí mismo, a mi sueño más dulce y cruel, el de sentirme, algún día, que todavía avizoro lejano, un escritor. Sospecho que escribo porque es una manera de vivir otras vidas, de vivir de nuevo, de vivir mejor. Intuyo que la necesidad, la urgencia de escribir, suele surgir, en mi caso, de un conflicto, de una herida del pasado, de un desajuste con la realidad. Para escapar de la infelicidad y vengar en la ficción todas las derrotas y miserias a las que inevitablemente nos condena la vida misma, uno tiene quizá la tentación de inventarse otra vida, otras vidas, y hacer todo aquello -las aventuras gloriosas y las pequeñas traiciones, los desmanes amorosos y las pasiones contrariadas, los triunfos y fracasos- que la realidad nos escamoteó tramposa y mezquinamente. Supongo que uno escribe para mejorar la vida, para embellecerla, para poblarla de fantasías extravagantes, para vivir así una vida más rica y completa. Pero quizás uno escribe también para escapar tan desesperada como inútilmente del paso del tiempo, para tratar de dejar algo -una huella, unas historias perdurables, un recuerdo emocionado- que nos sobreviva, que nos permita, de ese modo agónico, burlar a la muerte, hacerle una última trampa. De esas dos heridas que nunca cerramos -la grisura de la realidad y la certeza de la muerte- surge tal vez el deseo quemante por escribir, por crear ficciones, por inventarnos un mundo en el que podamos ser por fin todo lo que no pudimos ser en este mundo grotescamente imperfecto que es el nuestro. Para mí, escribir no es nunca un placer, es más bien una batalla sangrienta conmigo mismo, una escaramuza ciega con mis peores fantasmas, un combate desigual con aquellos demonios que me atormentan y de los que intento liberarme dándoles la cara y hablándoles sin miedo en el azaroso territorio de la fantasía. Las cinco o seis horas en que, casi todos los días, golpeo rabiosamente el teclado del ordenador, suelen ser de una intensidad afiebrada, afiebrada y dolorosa, porque escribir desde la experiencia personal, como a menudo hago yo, puede ser un acto tan peligroso y al mismo tiempo redentor como el de los kamikazes que entregaban la vida por un ideal superior, un acto tan poéticamente morboso como el del equilibrista que camina sobre una cuerda floja entre dos rascacielos y sin redes debajo, con el agravante, en mi caso, de que ese precario equilibrio en las alturas suelo hacerlo, o así me siento a veces, despojado de todo atuendo, completamente desnudo, pues sé bien que las mentiras que estoy urdiendo, los embustes que intento perpetrar revelarán, a su tortuosa manera, los secretos más oscuros de mi alma, aquellas verdades inquietantes y hoscas que se esconden tras las mentiras de la literatura. De esas horas ásperas y hasta brutales que son las de escribir a tientas, hablando conmigo mismo, bordeando la esquizofrenia, metiéndome en otras pieles, riéndome como un lunático y llorando quizá como un niño, uno emerge extenuado pero victorioso, porque a la sensación de fatiga y desolación que suele asaltarme cuando se me acaban las fuerzas para seguir peleando conmigo mismo y mis entrañables personajes, sobreviene enseguida, al volver súbitamente a la realidad, una energía formidable, la discreta alegría de saber que tropecé, caí, exhibí mi caída, quedé reducido a un guiñapo y, sin embargo, renací, cambié de piel como un camaleón y regresé a la vida con renovados bríos, con una ilusión y una vitalidad que creía perdidas para siempre. Porque el acto de escribir es eso mismo, morir y revivir, capitular y

triunfar, mirarse en el espejo y huir despavorido de uno mismo y regresar de esa fuga siendo otro, y siendo otro quizá mejor, más consciente de sus debilidades y limitaciones, de su miserable condición humana. Escribir es por eso, como decía el legendario Capote, una condena y una bendición, el látigo con el que estás condenado a azotarte y también el regalo más maravilloso de los dioses, que te permiten, al concederte ese don tan péfido, suplantarlos por un momento apenas fugaz, jugar tú mismo a ser dios, a tener un poder infinito sobre tus historias y tus personajes, a transgredir todos los límites de la realidad, a darles vida a unas criaturas adorables o monstruosas y hacer con ellas lo que mejor quieras, salvarlas del peligro o liquidarlas sin piedad, a decidir sin que nadie se atreva a contrariarte todo lo que habrá de ocurrir en esas páginas donde tú y sólo tú jugarás a ser dios, un dios caprichoso, arrogante y deliciosamente confundido, un dios confundido, sí, porque cuando escribes gozas de un poder omnímodo y puedes hacer todo lo que quieras y, sin embargo, a menudo no sabes qué diablos hacer, y descubres entonces lo que en verdad eres: un dios lisiado, minusválido, sólo un dios de mentira.

Pero el escritor es también, además de un camaleón y un dios confundido, un aguafiestas, un espía, un agente infiltrado, porque la suya es una tarea a menudo incomprensible, la de observar con una mínima perspicacia todo cuanto acontece a su alrededor, registrar minuciosamente eso mismo que ocurre en sus narices -y sobre todo a sus espaldas-, tomar nota de todo ello, robarle información valiosísima a la realidad, tomar posesión de unos secretos altamente confidenciales y, una vez cumplido ese papel bucanero, el del pirata que asalta los tesoros escondidos de su tiempo, convertir toda esa materia prima que son sus apuntes, sus vivencias, sus recuerdos, transformar ese material explosivo en buena literatura, en ficciones más o menos poderosas, en mentiras persuasivas que sean capaces de pasar por verdades a los ojos del lector más desconfiado. Es por eso perfectamente lícito -y diría más: lícito e inevitable- que el escritor use como mejor quiera su experiencia personal para, desde ese punto de partida, entregarse a novelar, a delirar, a soñar, a mezclar borrosamente lo que vivió o creyó haber vivido, porque ya sus recuerdos están inevitablemente teñidos de subjetividad, con lo que eligió vivir, gracias a su inventiva y su oficio, en el territorio siempre peligroso de la literatura, y no tan solo en un personaje sino en todos, en cada una de las sombras que se perfilan sobre sus páginas, porque el buen escritor debería ser lo bastante audaz como para agazaparse no sobre apenas un personaje sino sobre todos los que brotan con turbulencia de su imaginación, y meterse en sus corazones y sus mentes, y ser entonces un héroe y un villano, un valiente y un rufián, un don juan y una puta, un ángel y un demonio. Si, como algunas almas pías y despistadas quisieran, le exigiésemos a un escritor que, por pudor, delicadeza o simplemente timidez, prescindiese por completo de su experiencia, de sus recuerdos más perturbadores, para fantasear y novelar, si le pidiéramos que fuese apenas un narrador distante y frío, incapaz de entregarnos pedazos de su alma, ¡qué aburrida sería la literatura, y cuántas obras maestras nos perderíamos como lectores, y cuántas verdades bellas o espeluznantes nos serían escamoteadas!

Por eso el escritor debería tener siempre los ojos muy abiertos -incluso cuando duerme debería tenerlos abiertos, pues a menudo sus sueños le revelarían quién es y de qué escombros está hecho-, porque es esencial que tenga un punto de vista único, una mirada diferente e intransferible, que vea cosas que los demás no vemos o no quisiéramos ver, que sea testigo no solamente de la cara bonita de la fiesta, de las sonrisas y el baile, la belleza y la alegría, sino que también sea capaz de observar -y recordar- las cosas feas, los secretos más o menos sórdidos, las verdades inconfesables, todo lo que ocurre tras bastidores, en los baños y los dormitorios, en la penumbra de la cocina, en algún pasillo sinuoso, y por

eso el escritor es también un aguafiestas, porque pesa sobre sus hombros la ingrata tarea de meterse en la fiesta, fingir una cierta actitud distraída, no abandonarse al bullicio y la felicidad, enterarse fríamente de todo lo que ocurre en ella y luego contarlo a su manera, a su atormentada y delirante manera. No basta con mirar bien y recordar mejor, hace falta también, me parece, un cierto coraje para contarlo todo, para describir las grandezas y las miserias de las que uno fue testigo, para no sucumbir al miedo de contar algunas cosas ásperas, para afirmar, en el acto mismo de escribir, una vocación por estropear la fiesta, por hacer de aguafiestas, por mostrarnos la vida misma, con su esplendor y su belleza, pero también con sus conflictos, sus desgarros, sus traiciones y sus vilezas. El escritor con miedo es por eso un hombre acorralado y vacilante, un seguro perdedor, una víctima de su propia conspiración. El escritor que tiene miedo a mirar de frente su verdad, sus verdades, incluso aquellas verdades más horrendas que tal vez descubra saquéandole pedazos de información a la vida o buceando en las zonas más oscuras de su alma, el escritor que tiene miedo a la verdad difícilmente será capaz de sobreponerse a esa derrota moral y escribir una novela memorable, unas historias que nos toquen el corazón y perduren en nuestros recuerdos. Porque el miedo, la culpa y el pudor son, me parece, encarnizados enemigos a los que deberá enfrentar todo escritor, y la suya será una batalla arriesgada siempre, pero no podrá escaparse de librarla si desea en verdad salir airoso de esa quijotesca empresa que acomete, la de contarnos un pedazo de vida que nos conocíamos, la de llevarnos por un viaje fascinante y perturbador del que volveremos siendo, de alguna extraña manera, unas personas diferentes de las que éramos antes de emprenderlo. El fisgón y el suicida, el marginal y el descastado, el entrometido y el exiliado en su propio país, todo eso es o debería ser, tal vez, un buen escritor, todo eso y algo más: el demente que no tiene miedo a abofetear las más sólidas reputaciones, el lunático que sabe quedarse solo y no aspira nunca a contentar a las mayorías, el que disfruta siendo la voz corrosiva, el malo de la película, el loco calato que anda por la calle diciendo las feas verdades que alguna gente perfecta preferiría no escuchar jamás. Pero lo que finalmente determina que un escritor, sorteando no pocos escollos y sobreviviendo a las peores acechanzas, triunfe serenamente y escriba, después de todo, una ficción memorable, no es su mirada atenta, ni su espíritu transgresor, ni su vocación por contarlo todo aun a riesgo de quedarse solo, sino la astucia, la retorcida habilidad, el oficio -del que obviamente carezco- para transformar en literatura todo lo que aprehendió en el camino, sobre todo en las caídas y emboscadas que encontró en su andadura; para organizar con eficacia narrativa unas escenas, unos diálogos, una trama que resulte sorprendente e inesperada; para lograr simplemente lo que tiene que hacer un escritor: contar bien una buena historia, y contárnosla con unos recursos tan ricos y subyugantes que el lector no pueda resistirse a ella, que se abandone gozosamente a su lectura y la devore de un tirón, como hipnotizado, y que no dude un segundo de que esas mentiras que ha inventado taimadamente el escritor son en realidad verdades incuestionables, que esos personajes que de pronto cobran vida y le hablan de veras no le resulten indiferentes, que los odie o se encariñe con ellos y que una vez concluida la lectura se resistan a abandonarlo, porque esas son sin duda las mejores novelas, las que nunca llegas a olvidar del todo, las que te presentan unos personajes entrañables que se meten para siempre en tu memoria y en tu corazón, las que vives intensamente sin dudar jamás de su verosimilitud, sin dudar de que todo está ocurriendo de verdad, porque cuando lo dudas, cuando se rompe el embrujo en el que debe caer el lector más avisado de una buena novela, entonces el escritor ha fracasado penosamente, pues sus mentiras e imposturas han sido advertidas, y el precio que deberá pagar ese escritor chapucero -por ejemplo, quien les habla- es el de provocar, en sus lectores, el aburrimiento, la desidia, la apatía, la decepción de saber

que eso que les cuentan son puras mentiras, mentiras increíbles. Porque los buenos escritores cuentan siempre las mentiras más creíbles, las más verosímiles, las que se parecen tan lealmente a la vida misma que, a primera vista, parecería que no podrían haber sido inventadas, y por eso, tal vez, el mejor elogio que pueden hacerle a un escritor es decirle que la novela que ha fabulado es tan real, tan creíble, tan rotundamente verdadera que tiene que haberla vivido él mismo, ya sea como protagonista o como testigo, y ese es un halago -y quizás también un malentendido- del que no he sido totalmente ajeno como aspirante a escritor, pues algunos lectores han caído en la curiosa superstición de pensar que todos los libros indecorosos que he perpetrado -que son, por supuesto, los seis que he publicado con impaciencia- son, en realidad, la crónica minuciosa e impúdica de mis días y sobre todo de mis noches, que las escenas afiebradas que allí he narrado corresponden fielmente a mi pasado, que todo lo que escrito sin ninguna duda lo he vivido. Sí, es cierto, todo lo que he escrito lo he vivido, pero no necesariamente en la vida misma, sino en mis sueños y fantasías, en mi precaria imaginación, en mis delirios encendidos, y esa no es, por cierto, una manera menos intensa ni verdadera de vivirlo, y acaso sea incluso más peligrosa, pues nunca sabes bien qué demonios pueden asomarse por algún rincón de tu estragada imaginación y qué irresistibles travesuras pueden proponerte -travesuras, pecadillos, desmanes y tropelías que seguramente no cometerías en la vida real pero a los que te abandonas con deleite en el ámbito incierto de la literatura. En todo caso, sospecho que habrá siempre lectores maliciosos o despistados que seguirán creyendo, a pesar mis balbuceos, que nada de lo que he escrito me lo he inventado, que todo lo he vivido secreta y vergonzosamente, y prometo que seguiré respondiendo esos comentarios con una sonrisa agradecida, porque son, sin quererlo, un elogio inmerecido, el mejor de los cumplidos, pues, por una parte, ya quisiera yo que la mía fuese una existencia tan azarosa y divertida como las de mis personajes, y, por otra parte, supongo que es una manera involuntaria y amable de decirme que esas mentiras tienen que ser verdades, cuando yo sé bien, si acaso lo sé, que las he arañado, que las he arrancado de mi imaginación. Pero esta es, como bien saben, una cuestión muy borrosa, pues la frontera que separa la realidad de la ficción suele ser muy delgada e imprecisa, y por eso a menudo ni el propio autor sabe con certeza cuánto de lo que ha escrito corresponde a su experiencia y cuánto, a su inventiva, a sus fantasías. En realidad, importa poco o nada que la biografía personal del autor pudiera intervenir más o menos decisivamente en la creación de una ficción y en la manera como ella sea contada: resulta anecdótico y hasta irrelevante que el escritor tome fragmentos o pedazos de su itinerario vital para usarlos como materia prima para novelar, pues lo único que en verdad importa no es cuánto de la vida del autor se esconde tras la novela -algo que nadie, ni siquiera él mismo, podría nunca determinar con exactitud- sino cuán poderosa es la capacidad de seducción que esa novela tiene sobre los lectores, cuán original y conmovedora es la historia, cuán eficazmente está contada y, sobre todo, cuántas emociones es capaz de arrancarte, cuántas risas y lágrimas, cuánta indignación y alegría, cuántos sentimientos encontrados pueda robarte, porque esa es, para mí, la mejor manera de encontrarme con un lector, la de tocar su corazón, la de saber que hemos reído y llorado juntos, que nos hemos aventurado en un viaje sin retorno del cual saldremos, para siempre, siendo cómplices y amigos.

Hace diez años tomé la decisión imprudente de pelear por ser un escritor. Sé que no he publicado todavía una buena novela. Sé también que mi vida carecería de sentido si dejase de escribir y que estoy condenado a seguir escribiendo. Me aferro a esa certeza, una de las pocas que me quedan, y recuerdo ahora, con una emoción que ustedes sabrán disculpar, a Sandra, que siempre, aun en los momentos más difíciles, creyó en mí como escritor, y a la respuesta inesperada que me dio mi hija mayor cuando, no hace

mucho, le pregunté que quería ser cuando sea grande, y me contestó, sin dudar: yo quiero ser como tú, quiero escribir libros. Ninguna línea que yo pueda escribir será nunca más bella, para mí, que esa respuesta de mi hija.